vinetur

España pierde casi 100.000 hectáreas de viñedo por sequía, calor y menor rentabilidad

El recorte golpea sobre todo al secano tradicional, que concentra alrededor del 70% de la superficie desaparecida

lunes 5 de octubre de 2026



España ha perdido cerca de 100.000 hectáreas de viñedo en los últimos quince años y se mueve ahora en torno a las 900.000 hectáreas. La reducción ronda el 10% y, dentro de esa superficie que ha salido del mapa vitícola, alrededor del 70% corresponde a

viñedo de secano, unas 70.000 hectáreas. Son estimaciones redondeadas de organizaciones del sector, entre ellas UPA, la Federación Española del Vino (FEV) y la Interprofesional del Vino de España (OIVE), que sitúan el ajuste como uno de los síntomas más claros del cambio que vive el vino español.

La pérdida de superficie no responde a una sola causa. A la sequía y al aumento de las temperaturas se suman varios años de vendimias cada vez más tempranas, cosechas cortas en distintas zonas y un consumo que baja tanto en España como en algunos mercados exteriores de peso. Ese cruce de factores está llevando a bodegas y viticultores a revisar su forma de trabajar y, en algunos casos, a plantearse si mantener el viñedo sigue siendo rentable.

Paco Berciano, experto en el sector y exprofesor del Basque Culinary Center, sostiene que el cambio climático ya está alterando el calendario de la viña en las principales zonas productoras. A su juicio, la maduración se acelera con el calor y obliga a recoger antes la uva. También advierte de que la desaparición de viñedo en zonas secas tiene un efecto que va más allá del vino, porque en muchos territorios apenas hay alternativas agrarias capaces de aguantar esas condiciones.

En Ribera del Duero, su consejo regulador ha vivido esta campaña con un adelanto poco habitual. Su presidente, Enrique Pascual, afirma que hace dos décadas habría parecido impensable comenzar la cosecha a mediados de agosto. José Luis Benítez, director general de la FEV, coincide en que la campaña de este año ha sido excepcional y precisa que tanto el inicio como el final de la vendimia se adelantaron alrededor de un mes.

Las organizaciones agrarias insisten en que no se trata de un episodio aislado. Roberto Ruiz Clavijo, responsable vitivinícola de COAG, señala que el anticipo de la vendimia se repite desde hace varias campañas y lo vincula a periodos de sequía y olas de calor más largas. A su entender, esa alteración acorta los ciclos de la vid y reduce la producción.

Ignacio Huertas, secretario de Agricultura de UPA, añade dos factores concretos de esta campaña: un verano marcado por el calor intenso y una primavera muy seca. En su valoración, el viñedo figura entre los cultivos más perjudicados por el cambio climático

y encadena ya tres años con producciones anormalmente bajas. UPA espera una cosecha en niveles parecidos a los de 2025, un ejercicio que la organización sitúa entre los peores de la serie reciente.

Huertas vincula además la pérdida de viñedo con decisiones empresariales y familiares. Parte de esas hectáreas han pasado a otros usos y otra parte, sencillamente, no se ha replantado. La presión se concentra en el secano tradicional, un modelo muy extendido en España y ligado a explotaciones familiares. UPA recuerda que esas parcelas actúan además como cortafuegos naturales y sostienen empleo local en muchos pueblos.

La adaptación ya está en marcha, aunque no al mismo ritmo en todas las zonas ni con las mismas opciones para todos los operadores. COAG sostiene que las parcelas con riego están resistiendo mejor y ve necesario introducir plantas capaces de soportar mejor el estrés hídrico. También plantea desplazar parte del cultivo a cotas más altas cuando el terreno lo permita. Entre las vías que se estudian figura la mejora genética de las plantas para ganar resistencia a la falta de agua.

En las denominaciones de origen, el margen de cambio no siempre es amplio. Pascual admite que ampliar el regadío no es sencillo, porque exige superficie, infraestructuras y, en muchos casos, llevar agua a terrenos alejados de los ríos mediante perforaciones e instalaciones cuyo retorno económico no siempre está claro. En el caso de Ribera del Duero, añade que no se puede sustituir sin más la variedad de uva que define la identidad de la denominación, aunque sí cabe actuar sobre el portainjerto, la parte de la planta que se fija al suelo.

La FEV distingue entre medidas de adaptación al calor y a la escasez de agua, y otras orientadas a reducir el impacto de esos cambios sobre la producción. Benítez cita sistemas de poda, cultivo a mayor altitud allí donde sea viable, reutilización del agua y uso de drones para vigilar la temperatura de las viñas. Avisa, eso sí, de que ese giro exige inversiones elevadas y considera necesaria la participación de las administraciones públicas.

Berciano amplía esa lista con otras prácticas que ya están sobre la mesa en algunas zonas: recuperar variedades autóctonas que se abandonaron por ser menos productivas, ajustar la poda, manejar mejor la cubierta vegetal de la viña para proteger

el racimo y reforzar la vigilancia ante golpes de calor y heladas intensas, dos fenómenos que pueden darse en la misma campaña.

El problema de la viña no termina en el campo. Las organizaciones agrarias alertan de que muchos productores no cubren sus costes de producción y de que el encarecimiento de la energía y de los fertilizantes, que vinculan a la tensión geopolítica en Irán, aprieta aún más los márgenes. Por eso reclaman que se aplique la Ley de la Cadena para evitar que el ajuste del mercado recaiga sobre el eslabón más débil.

A esa presión se suma la caída del consumo. El vino pierde terreno en España y también en países que son básicos para las exportaciones españolas, como Estados Unidos, Reino Unido y Alemania. Benítez observa una bajada más intensa en el vino tinto y apunta a un mercado con menos volumen y más valor por botella. Berciano matiza que el retroceso no se reparte por igual: el vino de consumo diario sufre más, mientras que el vino premium aguanta mejor.

Fernando Ezquerro, presidente de OIVE, sitúa el problema en toda la cadena, desde la producción hasta la comercialización. A su juicio, el comercio atraviesa una etapa de menor dinamismo, los mercados internacionales están bajo presión y el vino, al no ser un bien de primera necesidad, acusa con rapidez cualquier cambio en los hábitos de consumo o en la situación económica. Por eso reclama generar más valor y repartirlo de forma equilibrada entre viticultores, cooperativas, bodegas y distribución.

El impacto tampoco es igual para todos. Berciano observa dificultades en grandes bodegas que trabajan con muchos litros, pero también en pequeños viticultores que venden uva o elaboran su propio vino y se encuentran con compras a precios muy bajos o con menos salida comercial. A su juicio, cuando desaparece ese pequeño viñedo familiar no solo se reduce la superficie plantada: también se pierde mano de obra ligada al territorio y una parte de la actividad económica de los pueblos.